

Reflexiones sobre Camus, con la excusa de “Los justos”, o viceversa

Antonio J. Quesada

ags@uma.es

Los que hemos comprobado cómo desaparecía la ética en las relaciones sociales, pero a la vez éramos capaces de no lucir el sentido del humor a media asta, generalmente hemos encontrado muy razonable enarbolar la bandera de la estética. La estética como pose ética, incluso.

En el plano ético, de un tiempo a esta parte, la estética me puede: por ejemplo, soy capaz de defender a México aunque sólo sea por la equis del nombre (algo así hizo Valle-Inclán en su día, más o menos), la única bandera que me parece respetable como para colgar de un balcón es la bandera pirata, me sigue emocionando “La Marsellesa” cada vez que la escucho (sobre todo en “Casablanca”), único derroche patriótico que me consiento, y siempre defendí la *boutade* de que era preferible equivocarse con Sartre antes que acertar con Camus (bueno, sí, era Aron...). Pero no me cabe duda: aunque sigo admirando al genio existencialista de mirada divergente (por tantas y tantas razones que no vienen al caso en este momento) casi por encima de todas las cosas, el que llevaba razón era Camus. Por otra parte, me lo tendría que hacer mirar, pues mi perfil es mucho más afín a Camus que a Sartre, de aquí a Lima (pasando por la casa de mi admirado Vargas Llosa): venido de abajo, sensato pero pasional, sentimental pero duro, autodidacta en cuestiones filosóficas, futbolista y futbolero, bullanguero e intimista según el momento... Me resulta más afín que una mente químicamente pura como la de Sartre. Camus incluso fue despedido de uno de esos empleos gastronómicos que un creador debe tener para subsistir (y así poder crear: dedicarse a “su obra”, la meta) por la sencilla razón de que no sabía redactar. La Historia no le daría la razón al miope empleador, como podemos intuir, así como tampoco la Academia Sueca.

Camus siempre está cerca de mí. Y en este trabajo quiero poner a funcionar la lupa intentando meditar al hilo de “Los justos”. Estas reflexiones no son unas reflexiones canónicas: abundan las páginas canónicas de canónicas mentes pensantes, ya sea sobre Camus o sobre el gazpacho con pepino. Y no quiero ser un comentarista canónico más de Camus (tampoco estoy preparado para serlo), ni repetir lo que por ahí hayan dejado

dicho otros antes que yo. Quiero meditar sobre Camus con la excusa de “Los justos”, o viceversa, aunque a lo mejor estoy reflexionando sobre mí con la excusa de Camus. A saber...

“Les justes” fue representada por primera vez en 1949, y consta de cinco actos¹. Está ambientada en la Rusia de 1905, aunque el tema es universalizable. En realidad, creo que casi todo en Camus es metafórico y universalizable (por ahí circuló incluso una adaptación de “Los justos” a Euskadi y al caso de ETA²).

En esta obra de Camus un grupo de terroristas va a dar un golpe a la tiranía atacando al Gran Duque, y antes preparan el terreno. El oficio de terrorista es duro y complejo, ya lo sabemos. El gran Tolstoi empezaba su genial “Anna Karenina” con aquella afortunada idea de que todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz lo es a su manera. Yo lo extendería a las personas, en general, y lo aplicaría a nuestro caso diciendo que cada persona que entra en la clandestinidad lo hace a su manera y por sus razones, y seguirá llevando a cuestras su vida y milagros, no cabe duda, y haciendo la lucha a su manera. Y hay que ser conscientes de que aunque se pretenda golpear a las instituciones, los porrazos se dirigen a personas concretas. Hay que asumirlo. Dora lo expone de modo magistral en el Acto Primero: “Un hombre es un hombre. El gran duque quizá tenga ojos bondadosos. Lo verás rascarse la oreja, o sonreír alegremente. Quién sabe, tal vez tenga un pequeño tajo hecho con la navaja de afeitar” (p. 105). Carrero Blanco era un criminal de siete suelas, pero también ese ser humano que después de volar treinta metros hacia el convento de jesuitas de Claudio Coello ya nunca volvería a escuchar la radio los domingos, a tomar un café descafeinado por la tarde o a dar la mano a su sacrosanta esposa antes o después de cenar. Da que pensar.

¹ Manejo la edición inserta en “Albert Camus. Obras. 2”, Alianza Tres, 1996, pp. 81-171 (a ella corresponden las citas de páginas que incluyo). Traducción de Aurora Bernárdez y Guillermo de Torre, revisada por Miguel Salabert.

² Tampoco sería la primera adaptación en este sentido. Recuerdo, por ejemplo, la euskaldunización que Alfonso Sastre hizo de su obra “En la red” para la televisión sueca, titulada “Askatasuna”, en 1971 (después de aquello del Consejo de Burgos: en aquella época era yo tan pequeño que ni era). Por cierto, cito de memoria pero creo que “En la red” se ubicaba en el norte de África, podía ser perfectamente Argelia, si la memoria no me falla. Se puede encontrar esta “Askatasuna” en SASTRE, A.: “Cuatro dramas vascos”, Hiru, 1993, pp. 9-71.

El Acto primero de “Los justos” es el acto en que apreciamos eso que hoy llamaríamos “sensibilidades diversas” en el seno del grupo terrorista: Kaliayev *versus* Stepan. No cabe duda.

Stepan es el hombre dedicado en cuerpo y alma a la Revolución, un funcionario del terror que no tiene vida al margen de la lucha y cuyo único fin vital es eso de la lucha. Es un militante que con cincuenta gramos de conceptos ideológicos construye su vida y modo de obrar en ella. “La libertad es una cárcel mientras haya un solo hombre esclavizado en la tierra” (p. 88). Y para liberarles, no cabe duda, “hace falta disciplina” (p. 89). Además, es inasequible al desaliento: “yo nunca me canso” (p. 89).

No le gustan los que no opinan como él (“No me gustan los que entran en la revolución porque se aburren”, p. 99). Por ello considera que ““El Poeta” no es un nombre para un terrorista” (p. 91), y ante el comentario de que “Yanek piensa lo contrario. Dice que la poesía es revolucionaria”, responde con su declaración de principios vital: “Sólo la bomba es revolucionaria” (p. 91). La vida es militancia, es lucha, es hacer pasar a la realidad por el escurridor de tus principios y conceptos predilectos. Y convertirla en algo irrespirable, añado yo.

Kaliayev, sin embargo, es un soñador, un gozador al que la vida (por la pesadez esa de los principios, que no descansan) convierte en un combatiente, seguramente a su pesar. No le queda más remedio: él querría estar en otras cosas, pero no le queda más remedio que actuar, por cuestión de principios. No puede quedar de brazos cruzados en este mundo tan injusto: debe comprometerse. Algo más tarde expresará lo que siente (p. 153): “Hay algo todavía más abyecto que ser un criminal: forzar al crimen a quien no ha nacido para él. Míreme. Le juro que yo no estaba hecho para matar”. Ante la rigidez de Stepan, defiende sensibilidades diversas: “Cada uno sirve a la justicia como puede. Hay que aceptar que seamos diferentes. Tenemos que querernos, si podemos” (p. 99). Le entiendo: yo sería Kaliayev; vaya usted a saber si, a mi manera, sin pistolas de por medio, no lo soy. Y siempre bregando con los “Stepans” que la vida me pone enfrente allá donde voy.

Pero no cabe duda de que debe sentirse solo: sabe que las organizaciones e instituciones, sean del tipo que sean, están en mano de los “Stepans”, no de los

“Kaliayevs”. “A veces tengo la sensación de que no me comprenden / Sólo que la vida sigue pareciéndome maravillosa. Amo la belleza y la felicidad. Por eso es por lo que odio el despotismo” (p. 101)”. Inevitable, su conclusión: “Un pensamiento me atormenta: nos han convertido en asesinos” (p. 103). Terrible conclusión: ¿y si fuera verdad?

En el Acto segundo se plantea la acción que genera el intenso intercambio de ideas de la obra, y el tema básico de los límites, de los medios y los fines. Annenkov comienza debatiendo con Dora, y expone esa concepción que antes le contraponía a Stepan: “Yo no he dominado nada. Sabes que echo de menos los tiempos de antes, la vida brillante, las mujeres... Sí, me gustaban las mujeres, el vino, aquellas noches interminables” (p. 108). Dora da en la clave: “Me lo sospechaba, Boria. Por eso te quiero tanto. Tu corazón no ha muerto. Y es preferible que desee todavía el placer a ese horrible silencio que se instala a veces en el mismo lugar del grito” (p. 109). Estoy con ellos: el mundo es ese jodido escenario que te ha puesto en esta tesitura empobrecedora, y debes dedicar tiempo y esfuerzo a estas batallas en vez de disfrutar de la belleza, pero... esto de vivir, objetivamente considerado, merece la pena (en un determinado momento del Acto Cuarto alguien confesará “no he tenido tiempo de ser joven” (p. 151); ¡Qué gran tragedia!). Igual cambia nuestra suerte...

Sin embargo, Kaliayev no es capaz de tirar la bomba y matar al Gran Duque cuando debía hacerlo. No hubo miedo, sino que su razón es clara: “iban niños en el carruaje del gran duque”. Stepan sigue fiel a sus conceptos y reprocha la inactividad: “era demasiada gente, supongo, para nuestro poeta” (pp. 111-112). No le da tregua: “La Organización te había ordenado que mataras al gran duque”. La respuesta de Kaliayev la firmaríamos casi todos: “Es verdad. Pero no me había pedido que asesinara niños” (p. 113). Después se dirá, en el Acto Cuarto: “Una idea puede matar a un gran duque, pero difícilmente llega a matar niños” (p. 148). Efectivamente, es así por más terrible condición que pueda tener un niño (la gran duquesa confesará después que “Mi sobrina tiene mal corazón”, p. 151). En caso contrario, la Justicia que pretendemos se prostituye inevitablemente.

Dora necesita una respuesta: “¿Tú podrías, Stepan, con los ojos abiertos, tirar a quemarropa sobre un niño?”. La respuesta de Stepan es aterradora: “Podría, si la

Organización lo ordenara” (p. 114). “Qué asco”, pienso yo: no hay concepto que justifique esto. Pero Dora no se queda atrás: “Abre los ojos y comprende que la Organización perdería su poder y su influencia si tolerara, por un solo momento, que nuestras bombas aniquilaran niños”. Stepan sigue siendo un duro (yo no daba un duro por él): “No tengo bastante corazón para esas tonterías. El día en que nos decidamos a olvidar a los niños, seremos los amos del mundo y la revolución triunfará”. Dora contesta con descarnada sensatez: “Ese día la humanidad entera odiará a la revolución”. Stepan concluye: “Qué importa, si la amamos lo bastante para imponerla a la humanidad entera y salvarla de sí misma y de su esclavitud” (p. 115). La revolución de Stepan nos resulta odiosa: no vale dos higos.

Annenkov sigue el debate, sosteniendo nuestra opinión: “Pero cualesquiera que sean tus razones, yo no puedo dejarte decir que todo está permitido. Cientos de nuestros hermanos han muerto para que se sepa que no todo está permitido”. Stepan también sigue, odioso y temible, a lo suyo (y no diré maquiavélico porque no es del todo exacto el adjetivo en su caso, como sabe cualquier politólogo): “Nada de lo que pueda servir a nuestra causa está prohibido” (p. 116). “Hasta en la destrucción hay un orden, hay límites”, apunta Dora. Y el injusto Stepan (violentamente), remacha: “La verdad es que vosotros no creéis en la revolución (Todos se levantan menos Yanek). Vosotros no creéis. Si creyérais totalmente, completamente, en ella, si estuviérais seguros de que con nuestros sacrificios y nuestras victorias llegaremos a construir una Rusia liberada del despotismo, una tierra de libertad que acabará por cubrir el mundo entero, si no dudárais de que entonces el hombre, liberado de sus amos y de sus prejuicios alzaría al cielo la cara de los verdaderos dioses, ¿qué pesaría la muerte de dos niños? Admitiríais que os asisten todos los derechos, todos, ¿me oís? Y si esta muerte os detiene es porque no tenéis seguridad de estar en vuestro derecho. No creéis en la revolución” (p. 117). Son expertos en el chantaje emocional: esto es así, sólo así (¡qué terrible su así, además!), y quien no opine como yo está contra mí y es un traidor. Expertos en mandar, en juzgarlo todo y, evidentemente, en condenarlo todo: el mundo está lleno de ellos. Yo nunca he mandado, y cada día juzgo menos: me interesa menos juzgar que vivir. Kaliayev añadirá algo después (p. 132) que no hay felicidad en el odio. Así es.

Personalmente prefiero no creer en la Revolución si la Revolución es eso. Prefiero no creer en revoluciones, dioses ni ideas a ese precio ni con esas compañías

“stepanescas”. Kaliayev pone voz a mis pensamientos: “... matar niños es contrario al honor. Y si alguna vez, en vida mía, la revolución llegara a separarse del honor, yo me apartaría de ella” (p. 119). Stepan sigue en sus trece, los fanáticos son así: “...el terror no es para los delicados” (p. 120). Será que soy un delicado. No: será que soy un “justo”. Dora lo dirá algo después (p. 132): “No somos de este mundo, somos justos (...) ¡Ay, piedad para los justos” (p. 132).

Kaliayev, Kaliayev, a veces expresas mis pensamientos mejor que yo. Ya en el Acto tercero eres incisivo, Kaliayev de mis entretelas: “...me dijo que no había felicidad para él fuera de nuestra comunidad. “Estamos nosotros, decía, la Organización. Y después no hay nada. Es una orden de caballería”. ¡Qué lástima, Dora!” (p. 128). Me recuerda a aquel comunista del que hablara alguna vez Jorge Semprún por algún sitio, que iba por Venecia (o era Florencia, ahora tengo la duda) mirando hacia el suelo para no ver la belleza de tanto *palazzo*. ¡Qué lástima de hombre!

En el Acto IV se le da la vuelta de tuerca al debate con un nuevo debate, ahora en prisión, entre un representante cínico del cínico orden y el idealista justo. Tengo un conflicto con ello: Skuratov, Director del Departamento de Policía, habla con la sensatez y el cinismo de quien conoce cómo funciona el mundo, y Kaliayev con el idealismo de quien no lo acepta. Y aunque quiero estar con Kaliayev, cada día estoy más convencido de que los Skuratov controlan el cotarro. Por eso, cada día actúo más por convicción moral pero con muy poca esperanza: sé que debo dar el paso al frente y lo doy, me comprometo porque es un deber ético, aunque esté convencido también de que servirá para muy poco.

El debate comienza con la primera en la frente: “Se comienza por querer la justicia y se acaba organizando una policía” (p. 144). Miremos las revoluciones triunfantes y... en fin, me callo. Prefiero no seguir, que todavía falta para llegar a la noche.

Se mata (con límites) pero también se muere, es la regla del juego: Kaliayev llega a confesar que “Si no muriera, entonces sí sería un asesino” (p. 152). Annenkov pretende aclarar lo que es justo: “Es un orgullo que pagamos con nuestra vida. Nadie puede ir más lejos. Es un orgullo al que tenemos derecho”. Dora da en el clavo: “¿Estamos seguros de que nadie irá más lejos? A veces, cuando escucho a Stepan, siento miedo. Quizá lleguen otros que fundarán su autoridad en nosotros para matar y que no pagarán con sus vidas”. Coincido con ella. También con Annenkov cuando contesta que “Eso

sería una cobardía, Dora”. Dora me deja helado: “¿Quién sabe? Tal vez eso sea la justicia. Y entonces nadie se atreverá ya a mirarla de frente” (pp. 162-163). Si esa es la Justicia, con mayúscula, yo me quedo con mi madre, parafraseando al propio Camus. Pero me temo que las revoluciones aparentemente triunfantes quedarán en manos de los “Stepans”. Bajo el nombre de “Cuaderno poético del bolchevique sentimental”, vaya título, publiqué una vez una serie de poemas que terminaban con uno titulado “Desengaño anunciado del bolchevique sentimental”, y que decía así: “¿Hasta cuándo seguiré / apoyando apasionadamente revoluciones / para después disentir, porque aquello que vino / no era / eso que yo pretendía? / (no se modificó nunca la mentalidad de los hombres, / nada bueno podíamos construir). / ¿Hasta cuándo levantando banderas rojas / para que otros administren la Victoria? / ¿Cuándo asimilaré que el hombre / no tiene remedio?”. Vayan a saber si llevaba razón, ya entonces...

Mucha muerte hay en la obra de Camus, para mi gusto, aunque es inevitable. Dora, en el Acto Quinto, tiene las palabras exactas: “Si la única solución es la muerte, no vamos por buen camino. El buen camino es el que conduce a la vida, al sol. No se puede tener siempre frío” (p. 161). Cierto. Luego añadiré una frase que puede resumir lo que piensa un “justo” cuando mira hacia atrás: “Pero yo elegí esto con el corazón gozoso y ahora continúo con el corazón triste. Ésa es la diferencia. Somos prisioneros” (p. 163).

No quiero esta justicia.

Hay una delgada línea roja que diferencia al héroe del asesino: cuántas veces el asesino no es más que un presunto héroe que no triunfó, mientras que el héroe es ese asesino que salió victorioso. Nos lo enseñaron Borges y Umberto Eco: los teólogos borgianos y esos santos y herejes que no era fácil distinguir en “El nombre de la rosa” (metáfora de otras reflexiones ensayísticas suyas) lo atestiguan. La línea es delicada. Leonardo Sciascia también nos enseñó algo de esto, pero no tengo espacio para extenderme.

Hay tierras en las que los espejos están trucados: los terroristas se miran en ellos y ven reflejados a héroes. Malo. Hay que mirar mejor. Hay que saber mirar. Hay que dejar de amaestrar a los espejos para que devuelvan lo que quieres ver. No es ético hacer eso: induce a error.

Resumiendo, que el terrorismo ya no se lleva ni en los mangos de los paraguas, afortunadamente. Ya no es ético eso de pegar tiros y matar al personal, no. Pero cuando eso todavía se llevaba, quizás porque en algunos casos era una triste necesidad, Camus nos enseñó que incluso entonces no todo estaba permitido. “Si Dios no existe, todo está permitido”, ponía Dostoievski en boca de alguno de sus atormentados Karamazov (no sé cuál, me lío con ellos: ¡son tantos!), pero no es así: creo que Dios no existe, pero no todo está permitido. No todo puede estar permitido. No todo fin justifica todos los medios. No. El fin más noble puede emputecerse por utilizar medios inadecuados.

Camus, en su día, en un momento difícil, nos lo enseñó con esta obra (y con otras obras, entre ellas su vida). Nos enseñó a ser justos.

No es pequeña tarea. Y merece este homenaje.